

24-5-2023

CONCURSO DE RELATOS

El botafumeiro

Piñanos

El botafumeiro

Por primera vez en mi vida no pasaría las navidades en casa rodeado del calor y cariño de los míos, la mala situación económica por la que pasábamos tras la temprana muerte de nuestro padre, impedía afrontar el coste de un billete de tren de ida y vuelta en segunda clase desde Padrón hasta Madrid, no he conseguido documentarlo pero serían alrededor de 400 pesetas de la época o incluso menos, unos 2,40 euros actuales al cambio; hoy nos puede parecer un precio ridículo pero entonces era mucho dinero, sobre todo para sacarlo de la insuficiente pensión de viudedad que debía mantener a diez criaturas hambrientas y desperdigadas por la geografía peninsular, a mí me tocó la china por ser el que más lejos estaba en ese momento.

Así que mi madre llamó al colegio para informar a las monjas y que fueran ellas las que me dieran a mí la mala noticia, pero al final me pusieron al teléfono y lo escuché de viva voz «hijo, lo siento mucho pero tendrás que quedarte en el colegio estas vacaciones porque no puedo pagarte el billete para viajar a Madrid». Antes las madres no se andaban por las ramas y te decían las cosas sin rodeos, hay que ponerse en su lugar, seguro que ella lo pasó mucho peor que yo, qué mal rato tuvo que pasar.

La ventaja de recordar esta historia casi sesenta años después de ocurrir es que el tiempo me ha hecho olvidar por completo el pesar que me causó la noticia y hoy me deja contarlo como si le hubiera ocurrido a otro. No me quejo, seguro que había casos mucho peores.

El año 1965 iba a ser santo y jacobeo, Pablo VI era el Papa de Roma y en la archidiócesis de Santiago de Compostela ejercía como eminentísimo cardenal arzobispo el doctor Fernando Quiroga Palacios, toda una autoridad eclesialística de la época según cuenta la historia.

Llegó el deseado día de las vacaciones, la mayoría de los internos salieron de viaje hacia sus casas y solo unos pocos, en una foto de la época he contado que fuimos veintisiete los que nos quedamos, aproximadamente la cuarta parte del alumnado; pero no era momento para llorar, así que salimos al patio a jugar.

Uno de aquellos días las monjas nos hicieron una prueba de lectura en voz alta a todos los que nos habíamos quedado de primero y segundo, los chicos que estaban en preparación de ingreso y en ingreso al Bachillerato les parecieron demasiado pequeños para la misión que debían asumir; tampoco eran de dar muchas explicaciones, simplemente te ponían un texto de varias páginas en las manos y te ordenaban leerlas en voz alta y clara, cuidando la entonación, respetando las pausas, de pie y delante de todos en la sala de televisión.

Fui uno de los elegidos y durante las Navidades estuve leyendo ante ellas el texto que tenían preparado; obviamente no recuerdo nada del mismo, pero

El botafumeiro

teniendo en cuenta para lo que estaba escrito seguro que estaría lleno de loas y alabanzas a Dios, a la Virgen, al Santo Patrón, a la Patria, al Ejército, a su Excelencia el Generalísimo y a nuestros padres que en Gloria estaban.

A principios de enero de 1965, nos revelaron el secreto que tan celosamente guardaban, iba a celebrarse un acto solemne en la catedral de Santiago de Compostela y el Ejército había decidido que uno de sus huérfanos leyera en su representación la Ofrenda al Santo Patrón; la Madre Superiora me comunicó que había resultado elegido para ser el afortunado lector, un alto honor del que debía sentirme orgulloso, también me avisó de que la catedral estaría llena de autoridades religiosas, militares y civiles y que tendría que esmerarme al máximo para leer la ofrenda sin cometer errores ni ponerme nervioso.

Pasada la fiesta de Reyes volvieron los alumnos ausentes de sus vacaciones en familia y el colegio enseguida retomó la rutina y disciplina habituales del curso, pero a mí me mantenían ensayando una y otra vez la lectura de aquel texto. Debo reconocer que algunas tardes me daban merienda especial para tenerme contento y eso me encantaba.

El día señalado, aunque la he buscado en internet no he encontrado referencia alguna en la prensa, nos trasladaron a todos en autobuses militares hasta la plaza del Obradoiro, entramos en la catedral y efectivamente el templo estaba repleto de gente; una monja me condujo a lo largo del pasillo central hasta los pies del altar, siendo objeto de las curiosas miradas de los fieles presentes, supongo que al verme tan canijo pensarían «pobre huerfanito» o algo parecido porque yo en esa época, aparte de tener una cara angelical, ya sabía poner carita de circunstancias cuando me convenía; ante el altar mayor aguardaba Su Eminencia Reverendísima, don Fernando Quiroga Palacios, vestido con indumentaria eclesiástica de gran gala y la mitra arzobispal sobre la cabeza, sentado en una silla grande y solemne, una especie de trono dorado, si me llegan a decir que era el mismísimo San Pedro bajado del cielo me lo hubiera creído, el escenario y aquél señor imponían.

La monja encargada de dirigir mi intervención me dijo que cuando ella me avisase tendría que subir dos o tres peldaños de la escalinata ante el altar mayor, hasta dónde estaba preparado un micrófono ajustado a mi altura; no recuerdo más detalles, pero cuando la monja me avisó avancé, subí los escalones y me hincé de rodillas ante el arzobispo sintiéndome más solo y abandonado que nunca en aquella inmensa catedral, postrado ante el mismísimo pastor de Galilea, príncipe de los Apóstoles, en quién Jesús depositó toda su confianza «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder de la muerte no prevalecerá contra ella. Yo te daré las llaves del Reino de los Cielos. Todo lo que

El botafumeiro

ates en la tierra, quedará atado en el cielo, y todo lo que desates en la tierra, quedará desatado en el cielo».

Su Eminencia, viéndome azorado y en trance, me hizo una seña con la mano para que me pusiera en pie; cuando me lo ordenó me acerqué al micrófono y procedí a leer la ofrenda de carrerilla, varias páginas escritas a máquina que casi me sabía de memoria de tantas veces como me la habían hecho leer en el colegio.

Empecé y acabé aquel largo discurso sin vacilar ni ponerme nervioso, siempre he tenido temple y buena voz para declamar (no así para cantar, en lo que soy una calamidad) y superé la prueba con buena nota; al acabar la ofrenda, Su Eminencia aplaudió y por simpatía (química) todos los fieles presentes lo imitaron, acabada la salva de aplausos me hizo otra seña con la misma mano para que me acercase a él, me dio a besar su enorme anillo pastoral, lo cual hice piadosamente sin olvidar arrodillarme y agachar la cabeza respetuosamente, y me pidió que me sentase en el suelo, a su lado sobre la mullida alfombra que lo recubría, porque iba a disfrutar en posición privilegiada del famoso vuelo del botafumeiro.

Tengo entendido que monseñor el arzobispo era un gigante gallego de casi dos metros de altura y cien kilos de peso, hijo de un cabo de la Guardia Civil que luego fue profesor de escuela; era el menor de cinco hermanos y quedó huérfano de madre a los dos años de edad, así que teníamos algunas cosas en común, quizá por eso mostró mucha empatía conmigo. Imaginaos la impresión que debió causar semejante gigantón en un chico de diez años que era de los más bajitos de clase y posiblemente el más esmirriado.

Me senté, mirando de reojo alternativamente al arzobispo y a la monja, la buena mujer no me quitaba los ojos de encima, sonreía orgullosa del resultado de su trabajo; conviene entender que para un crío como yo, el escenario y los personajes podrían haberme impresionado dejándome aturdido. Pero, a pesar de nuestra corta edad, los pínfanos teníamos «mucha mili» encima y estábamos acostumbrados a no dejarnos apabullar por nada ni por nadie, aunque el miedo corriera libre por dentro.

Los firaboleiros, encargados de hacer oscilar diecisiete veces el botafumeiro hasta conseguir un grado de inclinación respecto a la vertical de 82°, hicieron bien su trabajo; un espectáculo grandioso visto desde tan cerca, al pasar por delante oíamos y notábamos el aire que desplazaba aquél enorme incensario de cincuenta y tres kilos de plata y metro y medio de altura y respirábamos de cerca la mezcla de carbón e incienso con que perfumaba la catedral. Posteriormente lo he visto en funcionamiento otras dos o tres veces más, de hecho cada vez que he visitado la catedral he tenido la buena suerte de verlo en

El botafumeiro

acción, seguro que me reconoce al entrar aunque los dos hayamos cambiado de aspecto, a él le añadieron un baño de nueve kilos de plata y a mí me han caído encima bastantes kilos más y no de plata precisamente.

Al terminar el acto salimos a la plaza del Obradoiro, un militar de alto rango me saludó pasándome la mano por la cabeza revolviéndome el pelo rapado que tenía, porque en el orfanato nos cortaban el pelo con mucha frecuencia y casi a cepillo, supongo que para evitar piojos y por la propia cultura sanitaria castrense que imperaba en el colegio. Éramos tratados como soldados en miniatura, no es una crítica sino mi impresión, así eran las cosas y las veríamos con normalidad.

Acabado el acto de despedida en la explanada de la plaza, nos llevaron hasta un recinto militar cercano dónde nos sirvieron a todo el colegio y acompañantes un tentempié estupendo a base de chocolate caliente espeso y unos deliciosos bollos suizos, que desde entonces son mi perdición. Los militares siempre han sabido celebrar sus reuniones como es debido y aquel día no iba a ser la excepción.

Cómo me gustaría encontrar alguna referencia periodística de aquel día, hubo fotografías y las monjas nos comentaron en el colegio que habíamos salido en prensa, en fin, no descarto continuar la búsqueda y encontrar aunque sea un pequeño comentario de la ceremonia.

Al volver al colegio me esperaba otra sorpresa, hasta final de curso y también durante todo el curso siguiente fui uno de los lectores del comedor; mientras el resto del alumnado comía en completo silencio, uno de nosotros, por turnos rotatorios, leía en voz alta los libros que las monjas seleccionaban para nuestro fastidio porque durante la lectura no nos dejaban hablar ni enredar, que era lo que realmente nos gustaba.

Recuerdo que uno de aquellos libros era el «Luiso, María matrícula de Bilbao», de Sánchez-Silva y Luis de Diego, viejo conocido mío porque, tres o cuatro años antes en Valencia, mi padre —convaleciente de su mortal enfermedad— me hacía leerlo en voz alta en su dormitorio, unas páginas cada tarde al volver del colegio, para comprobar mi progreso escolar; estaba bien entrenado y quizá por eso me escogieron como lector.